

## EL VIAJE POR LA GRAN CALLE

POR

FRANCISCO ALEMAN SAINZ

*Mirando su tarjeta de identidad, apenas se sabía nada de Daniel Jaraiz. Fotografía, nombre, apellidos, profesión, domicilio, firma, huella digital; en el fondo, muy poco. La verdad es que Jaraiz no era solamente eso, aunque también lo fuese. Había salido a dar una vuelta, porque aquella tarde no trabajaba. Jaraiz pensaba que el suyo era un trabajo absurdo; hacía facturas que destacaban una cantidad de dinero desde un bolsillo a otro. Nombres y nombres iban apareciendo en el "Debe D.", sucesivamente. A muchos de ellos ni siquiera los conocía.*

*Al penetrar Daniel Jaraiz en la gran calle tuvo miedo. Pasó a ella desde una plazoleta plena de aristas sombreadas, a través de un callejón silencioso, henchido de sombra y humedad. La gran calle se prolongaba, al desembocar él, en dos direcciones opuestas, y hubo de elegir la que iba a tomar. Le gustaban a Daniel las calles estrechas, con una acera diminuta, donde era bonito dejar el paso a la chica que ha salido un momento a dar un recado.*

*Esta no era la gran avenida orgullosa de la ciudad, con altas y largas fachadas, donde todo adquiría un aire enorme y pesado, sin un rostro asomado a ninguna ventana. Esta gran calle en la que Jaraiz acababa de penetrar era una calle híbrida, surgida para dotar al tránsito de una velocidad mayor. Era la calle de los camiones llenos hasta los topes, y las edificaciones mantenían una estatura pequeña, casi siempre con grandes jorobas y pequeñas grietas. Eran viviendas corrientemente de dos pisos, con techos bajos y balcones polvorientos. En los bajos había pequeñas tiendas, con esos olores turbios a frutas pasadas dispuestos a instalarse en la nariz.*

*Pensaba Jaraiz que la gran marea de la calle era una variante de las grandes fuerzas, más o menos oscuras, de la Naturaleza, desde el viento al mar, desde el atropello a la tormenta. Daniel vivía en un piso alto, alejado, y desde allí todo se veía lejos, inexpresivo; los seres humanos perdían el rostro y el carácter.*

*En el fondo, estaba divertido por lo que sabía a punto de ocurrir. Las gentes de esta calle, en gran parte, al verle sobre la acera*

*solitaria, estarían pendientes de su paso, tratando de otorgarle un destino. Era un mundo hermético, cerrado, donde se trataba de dar a cada uno de los que pasaban su razón de existencia. No, no era precisamente la vida, sino lo que para los observantes pudiera transbordarse de ella. Podía ser rotundamente alcanzado, o no serlo, pero de cualquier forma surgiría una relación inminente, desplomándose sobre él como una casa en construcción sin los cimientos precisos e inmediatos. Al iniciar la travesía de aquella mitad de la calle, Jaraiz presentía un mundo, un haz de personas pendientes de sus movimientos, otorgándole sucesivamente un destino, muchas veces dispar. La calle estaba solitaria, mitad sombra y mitad sol, como si se tratara de la pequeña plaza de toros del barrio.*

*Veía el gran peligro del camión al acercarse con una decisión grave y total, notando cómo el radiador lanzaba sobre él una línea recta prolongada, como si calculase la cogida, y un escalofrío le recorría la espalda. Conocía que el camión no está domesticado, se diga lo que se diga, y que vive en estado salvaje, sin el menor gregarismo después de salir al mundo de la carretera.*

*Daniel iba a ser destrozado, masticado por la atención de los habitantes de la calle. Notaba cómo empezaban a desplomarse sobre él las miradas plenas de interrogaciones no siempre previstas. Sabía que su verdadera existencia carecía allí de valor, y que quedaba sometido a una serie de supuestos disparados desde cada persona. Estaba sometido, prisionero, con la seguridad de que su vida se precipitaba hacia insospechados destinos. Estaba completamente cogido, iniciándose la sucesiva pérdida personal.*

*Tras de la cristalera sucia del balcón, el viejo pensaba que Jaraiz iba en su busca. Era un viejo silencioso, triste, solitario, cuyos bienes no tenían destino. Prestaba dinero con un gran entusiasmo. "Seguramente, ese hombre me necesita—se decía el viejo—. Debe de hacerle falta dinero. Le ocurre algo." Había en la mente del viejo una seguridad casi mesiánica de su sacrificio al fiarse de los otros. Resultaba curioso cómo había logrado transformarse, ante sí mismo, en representación viva del dinero con interés a gran presión. Ya lo tenía pensado todo, la conversación y el gesto. "Habré de pedirle garantías. La garantía es fundamental para el préstamo, si se quiere que tenga importancia. Por eso, la forma más alta del préstamo es la hipoteca." Estornudó lleno de convicción. "No conozco a ese hombre que puede llamar a mi puerta de un momento a otro. Puede hasta ser el hijo de un millonario, pero no me fío de los hijos de los millonarios. No suelen dar importancia al dinero,*

y no acostumbran dar ninguna garantía: su firma es suficiente. Prefiero la gente sencilla." Daniel Jaraiz estaba a la altura de la puerta que conducía al piso del prestamista, sin darse cuenta de que estuviese participando en una relación tan inmediata como la que crecía dentro de la cabeza del hombre. Pero no llamó a la puerta del viejo. Este aguardó unos instantes y pensó: "Es mejor así. He de llevar cuidado. Los tiempos son malos, y nunca se sabe qué intenciones puede tener la gente. Además, tiene aire de insolvente."

Dos o tres puertas más allá, puede que fueran cuatro, en el bajo de la casa, tras la reja de una ventana abierta, había un hombre joven, sentado ante una mesa. Esperaba. Vió a Daniel, próximo al flamante título enmarcado en la placa de cristal con letras blancas sobre el fondo oscuro. "León Sarmiento. Abogado." Al darse cuenta de la proximidad de Jaraiz, pensó: "Es el cliente. Seguro que lo es. Alguna vez tenía que llegar." Repasaba en la memoria artículos y artículos, para estar en forma, como el boxeador que hace flexiones de piernas al borde del ring. "Está preocupado—seguía pensando Sarmiento—. No tiene más remedio que ser un caso importante. Voy a ganar dinero, y quizá me haga famoso." El hombre que cruzaba despacio, frente a su ventana, podía sacarle del anónimo. Adoptó un gesto de estudio, de hombre serio, enfrascado totalmente en el estudio, sorprendido en su labor asombrosa. Pero el otro siguió su camino, sin tener en cuenta lo que León Sarmiento pensase muy cerca de él.

La aventura, el viaje de Daniel Jaraiz no podía medirse con unidades corrientes. Era un mundo extremado, que se escapaba. La presencia de Daniel contaba siempre desde el ser humano quieto, inmovilizado en su zona personal. No es que se tratara de comprender a alguien que pasaba, sino de obligarle a hacer algo. Puede que toda su importancia, en aquel momento, surgiera de ser el único transeúnte de la gran calle, y así, sucesivamente, iba cambiando de piel ante cada uno de los que miraban su paso, mientras él permanecía ajeno a todas las consideraciones que levantaba.

Ahora, desde el quicio de una puerta próxima, apoyada sobre el marco pintado de gris azulado, una mujer le miraba. Estaba a punto de ser joven, pero en el otro extremo, recién dejada atrás la juventud. Si la luz caía mal, brotaban pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, mostrando zonas de piel cansada, y la piel del cuello se plegaba perceptiblemente. Pero si la claridad no era rotunda, temblaba en sus ojos una luz nueva, y las mejillas se estiraban. Estaba enmarcada en una zona de la entrada que iba recargándose de

penumbra hacia el fondo. Miró a Jaraiz con los párpados caídos, como si se tratara del telón desplomándose sobre la última escena del primer acto, y poco más tarde los ojos hubieran de salir a inclinarse en el saludo al público. Estaba allí aguardando. Daniel la miró un instante y ella levantó sobre esta mirada todo un tiempo inmediato, sintiendo gratuitamente que aquella mirada encerraba una decisión. La mujer contaba con él, pero Jaraiz no lo sabía. Quedó atrás.

Tenía ante sí, a su lado, muy próxima, una puerta cerrada. Sin sospechar que tras el garabato del orificio de la cerradura hubiese un ojo observándole.

Sí, quienquiera que fuese, miraba la calle, vacía un instante antes, ahora ocupada por entero en un solo habitante. Había aparecido de pronto, como una víctima propicia, a punto de ser devorado por la atención de todos aquellos observadores silenciosos, mudos en los pequeños alvéolos, desde donde crecía Jaraiz como pieza venatoria importante.

No, Daniel no podía suponer quién le miraba. Pero la persona que había detrás de la puerta tenía miedo. No sabemos nombre, ni circunstancias, si era hombre o mujer, pero era alguien aterrorizado. Jaraiz y la persona oculta no se hallaban unidos por nada, ni lo estuvieron nunca, desde el amor o desde el odio. Quizá el ser humano que ocultaba la puerta no supiese por entero lo que temía. Pero se trataba de alguien que respiraba en la mayor soledad, en la soledad del pánico. Era, solamente, un ojo centrado sobre el orificio de la cerradura. Una cerradura es así; se cierra una puerta y parece que se inicia una separación hermética con el mundo. Sin embargo, queda abierto el espacio ínfimo que un ojo puede llenar.

En aquel instante, Jaraiz metió la mano en el bolsillo del pantalón, y el ojo parpadeó enloquecido. Pensaba en la pistola, en el arma que iba a surgir desde aquel bolsillo, y que le intimidaría a abrir y a entregarse. No podía moverse, ni siquiera podía alejar el ojo del orificio aquel, que se abría hacia el mundo próximo de las cosas y de los gestos. El bulto de la sombra, separado por la puerta, sentía que algo le obligaba a seguir mirando atentamente, cuando Daniel ya había dejado atrás su campo de visión. Aguardó, y por un instante le vino al pensamiento la idea de que se trataba de una trampa; que el hombre aquel no se había alejado, sino que estaba cerca, en las proximidades. Sin embargo, Daniel Jaraiz seguía su camino, en tanto que el personaje de la oscuridad aguardaba que

se solucionase su larga espera, no solucionándose, quedando siempre en su vigilancia.

*La puerta cerrada había quedado atrás. Se encontraba Jaraiz delante de una entrada enorme. Al fondo, la escalera crecía como una enredadera súbita. En la entrada se apiñaban fardos y paquetes, junto a los objetos más diversos y antagónicos. Jaraiz se paró un instante, y miró hacia adentro. La agencia de transportes era algo sorprendente, que le preocupaba de una manera oscura y aun sin expresión. Había ido surgiendo desde el signo tétrico del traslado, como una forma singular del nomadismo, de los tiempos de pastoreo.*

*El encargado de la agencia creyó que Daniel iba para retirar algo que poco más o menos acababa de llegar. El encargado era un hombre pequeño y sentimental, amaba todos aquellos objetos, embalados o no, y cada vez que se llevaban uno era como si le mutilasen su vida. Se movía el encargado en un mundo sin orden, oscuro y misterioso, donde el talón numerado adquiría un destino de reconocimiento sorprendente. Pero lo que de verdad personalizaba al hombre pequeño y doliente era su vocación de pescador de caña. Pescar con caña supone una caballerosidad que no todo el mundo puede reconocer. Lo que haya de engaño en el anzuelo, hay de generosidad en la espera. Sobre todo, este hombre era un especialista en la pesca de anguilas por las acequias de la noche. Solamente le interesaban las estrellas si se reflejaban en el agua moviéndose lenta y decidida. Aparte de esto le entusiasmaba la lombriga, la apretada pelota de la lombriz de tierra. Si el encargado de la agencia hubiera pensado que Daniel Jaraiz fuese un nuevo adepto a la pesca con caña, no hubiese dudado en dirigirse a él. Pero le pensaba enemigo, dispuesto a llevarse cualquiera de las mercancías que vigilaba.*

*Jaraiz iba dejando atrás, conforme avanzaba sobre la acera de la gran calle, todo un mundo de personas que no marcaban ninguna dirección; gentes encerradas en sí mismas, a semejanza de una brújula enloquecida que trata de hacer de su aguja un franco signo de interrogación, al fin una pregunta en lugar de una contestación. A la vez, Daniel estaba sorprendido, porque a pesar de la hora, nadie se cruzó con él en una u otra dirección. No tenía más remedio que resultar sorprendente el hallarse completamente solo, sin que nadie le siguiera o se enfrentase. Estaba solo, completamente solo, archisolito, en la zona de sombra de la gran calle, mirando a veces la acera opuesta, donde el sol levantaba pequeñas nubes de humo*

sobre el hierro de las tapas de las alcantarillas ilustres. Los mismos árboles, con un rectángulo no excesivamente profundo de tierra, a pesar de la clorofila y tal, parecían dispuestos a encenderse, como ese mechero que sólo da llama a la tercera o cuarta vez de girar su ruedecilla. Las persianas, de chapa ondulada, enviaban ráfagas hirvientes, ametrallando la acera de enfrente. De cuando en cuando, cruzaba el soplo de un vientecillo de fuego, como si respirase el pecho de un horno cualquiera. Daniel Jaraiz estaba cansado, muy cansado, a punto de desplomarse sobre el suelo cálido de la acera en sombra.

Notaba sobre él una mirada, ese dedo pesado de la mirada que se precipita desde lo alto. La sentía abrumadoramente. Levantó los ojos y encontró la placa de un médico, con el nombre en letras doradas sobre un fondo gris oscuro. No vio otra cosa que la placa, pero en alguna parte había unos ojos que le miraban insistentemente. Desde el fondo de la habitación de espera, unos ojos de mujer le observaban, sin que él pudiera verlos, porque la ventana cercenaba el rostro pálido de la chica vestida de blanco. Era joven y de una fealdad decidida, impresionante.

Ella quería marcharse. Acababa de entrar en el despacho del doctor, el último enfermo, y la chica esperaba que saliese de un momento a otro. Le dolían los pies y le molestaba el sostén. “He de comprar otro mayor, no sé adónde voy a parar”, se decía. Al ver a Jaraiz acercarse por la acera en sombra, pensó que iba a la consulta, a ver al médico. Le molestaban estos enfermos surgidos de repente, a última hora, que no aguardaban en sala de espera, sometidos a sus miradas interrogantes que, alguna vez, cuajaban en preguntas de verdad. “¡Qué no venga! ¡Qué no venga aquí!”, protestaba en silencio. El enfermo que había entrado al despacho tampoco salía. “¡Qué pesadez!” En aquellos momentos le hubiese gustado tener otro empleo, pero no era verdad. Se sentía mucho más viva, más radiante, cuando hablaba y se movía entre la gente que esperaba ser recibida. Aunque no fuese una enfermedad importante, ella los veía quietos, aguardando que se abriese la puerta para contar al médico lo que les pasaba.

Estaba deseando volver a su habitación, libre hasta el día siguiente, quitarse los zapatos de los pies cansados, y arrojar el sostén en una silla, para después ponerse bajo la lluvia acelerada de la ducha, sintiendo resbalar el agua sobre su piel cansada. “Como venga aquí, estoy apañada—se dijo—. No llegaré ni siquiera a tiempo de oír la novela de la radio, y tendré que buscar a alguien

*que me cuente el capítulo. Pero no saben contarla.” Jaraiz ya estaba fuera del campo visual de la mujer, como un evadido silencioso, precisamente ahora, cuando ella esperaba que girase la pequeña manecilla del timbre.*

*Daniel seguía calle adelante, sin haber visto la mirada de la chica vestida de blanco, para quien tras salir el último enfermo iba a comenzar su tiempo libre. Jaraiz empezaba a odiar la gran calle que no termina, sobre todo pensando que su decisión era la del paseo, la del simple paseo en la tarde calenturienta. Ahora tenía miedo, un miedo acelerado de hallarse solo en la acera de sombra, mientras el sol huía lentamente del suelo, y la sombra se arrastraba por el adoquinado de la calzada, igual que una piel, ocupando nuevos sectores aún humeantes. Era igual que el oleaje sobre cualquier playa del mundo, con turismo o sin turismo. Crecía su temor al comprender que allí no valía la lucha, porque no había lucha, sino la repetición diaria de la marea de sombra, ensanchándose cada vez más, hasta llegar a ocuparlo todo. “Excepto los días nublados”, le pareció tan absurdo aquello que se rió en voz alta, con un tono fuerte y repetido, que era más firme por la soledad de la gran calle.*

*Daniel Jaraiz se había reído, y alguien recogió la risa que no tenía dirección alguna. La risa que estaba montada sobre él mismo, sobre Daniel mismo. Éran unos oídos alerta siempre hacia el mundo exterior, sometidos a una singular vigilancia, donde los sonidos transformados adquirirían luego, rápidamente, una versión extraña de ataque personal. Desde el viento al motor, desde la lluvia a los pasos de medianoche, todo asumía velozmente una solución de arma asestada sobre una persona a la que nadie comprendía, y que, a la vez, era perseguida sin tregua, desde la desatención a la fanfarronada. Era un hombre que habitaba un cuarto sombrío no porque no tuviese luz, sino porque la suciedad y la falta de ventilación voluntaria le habían señalado así. La vida parecía perseguirle. Era bueno, pero todo se ponía en contra suya, siempre enemigo. Cualquier acto humano que se realizase en sus cercanías, era un acto dirigido, como una bala disparada luego de tenerle en la línea peligrosa del disparo. Toda acción humana que él viese era una respuesta a su condición de genio, de genio solitario. Si se trataba de un invento o de una guerra, su cumplimiento le atañía a él, era de antemano una contestación. La última obra de este hombre trataba sobre los volcanes, la penúltima trataba sobre la longevidad humana. Estaba solo, absurdamente solo, y le dolía su soledad no por escuchar una voz, sino porque necesitaba alguien que le oyese.*

*Su vida estuvo siempre envuelta en la tristeza. No había sido feliz. Puede hasta que no hubiera sido desgraciado. Pero no es bastante. Su verdadera vocación era la ópera, el canto majestuoso de la ópera, con la orquesta supeditada a su voz, esclava de sus gestos. La vida no suele ser alegre, está formada por indecisiones y prisas. Al hombre le hubiera gustado el triunfo, el aplauso con el telón recién levantado al borde del último acto, hasta hacer enloquecer a los empleados que aguardaban el momento de volver a sus casas con la noche adelantada. El hombre recordaba sus poemas inexorables en los días de triunfo, impresos en hojas sueltas y vendidos en las calles de la ciudad pequeña, todavía lejos del estirón de la gran calle. La risa de Daniel Jaraiz le encontró desprevenido. Buscó sobre la mesa una navaja abierta, con la hoja brillante casi como un espejo. No fué sencillo dar con ella. Estaba cerrada, con la parte agresiva embutida en la empuñadura. Ya no era un arma, era un simple objeto con posibilidades. Nada más que eso. De haber estado abierta, quizá la vida de Daniel Jaraiz entrara en un terreno peligroso abierto en dos direcciones: la del acierto o la del error. La navaja estaba cerrada, y el hombre dejó caer precipitadamente dos lágrimas silenciosas.*

*Daniel Jaraiz seguía la acera. No llegó a conocer ninguna de las supuestas relaciones que habían ido surgiendo tomándolo como protagonista, o de antagonista escrupuloso. La gran calle seguía solitaria. Los camiones seguían cruzando, rápidos, emitiendo sus sonidos rotundos, como animales hambrientos que olfatean la caza. El sol se había encaramado sobre los aleros de las fachadas, y la sombra cubría ya totalmente la gran calle. Un vientecillo municipal tosía lentamente de un lado a otro, indeciso y soñoliento. De pronto, empezó a aparecer gente, surgiendo de las puertas de las casas, o de las calles afluentes que desembocaban allí. Daniel Jaraiz ya no tenía importancia, ni nadie podría desde aquel instante referirse a él. Se perdió entre los grupos, cuando desde las ventanas más altas caía un presentimiento de atardecer.*

Francisco Alemán Sainz.  
García Alix, 2.  
MURCIA (España).